

FELIPE II, REY DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVI: LAS COMUNICACIONES, LA INFORMACIÓN Y EL CONOCIMIENTO

EMILIO SOLA

Universidad de Alcalá

*(Conferencia dada en la sala Shamiyah del Museo de Damasco,
el 6-12-1998, en el marco del coloquio internacional*

*«Horizontes de la creación literaria y cultural en Aláandalus»,
organizado por el Instituto Cervantes de Damasco)*

INTRODUCCIÓN

Si se puede hablar, para la España medieval musulmano-cristiana en la que Al Andalus destaca con luz propia, de dos clasicismos/ortodoxias enfrentadas generadoras de una gran frontera, todo el Mediterráneo del siglo XVI con el enfrentamiento Habsburgo/Otomano, se convirtió en otra gran frontera.

Heredera —y muy similar por ello— de la Andalucía fronteriza bajomedieval.

Es posible afirmar que esa frontera andaluza medieval, cuyo final coincide con la conquista de Granada por los Reyes Católicos en 1492 y el fin de la España medieval de las tres religiones, con sus enfrentamientos polémicos o bélicos pero también con sus intercambios y mestizajes, se continúa en el siglo XVI en el Mediterráneo todo.

El problema morisco surge cuando desaparecen las figuras de mozárabes y mudéjares, aquellos súbditos cristianos o musulmanes de un príncipe musulmán o cristiano, y en los reinos cristianos deja de haber legalmente súbditos musulmanes para ser todos considerados cristianos. A partir de 1500, la monarquía española es el primer estado europeo que convierte una religión —la católica en este caso— en «religión de estado», a los ojos actuales una discutible elección en la base de no pocas guerras de religión modernas.

Este proceso culmina en los años de reinado de Felipe II, de quien este año (1998) celebramos el cuarto centenario de su muerte, en septiembre de 1598.

En la sociedad española de esa época se habla de cristianos viejos y cristianos nuevos — los más importantes como grupo los moriscos mismos—, de la misma manera que en el Magreb se hablaba de musulmanes viejos y musulmanes nuevos o mujtadíes, también con sus propios valores y enfrentamientos, aunque estos mujtadíes —renegados para los cristianos— fueron muy importantes en el mundo político otomano al ocupar puestos destacados en el ejército y la marina a lo largo del siglo XVI, sobre todo en esa época de Felipe II.

Alí Bajá, gran almirante de la flota otomana tras Lepanto, era italiano calabrés de nacimiento, de nombre de cristiano Dionisio Galea, lo mismo que Hasán Bajá o Hasán Veneciano, de nombre Andrea el Celestrio de cristiano, el rey de Argel cuando Cervantes estuvo prisionero allí por cinco años, entre 1575 y 1580, de los 28 a los 33 años de su vida, por citar sólo a los dos más importantes marinos del momento.

I.

Desde hace unos veinte años llevo trabajando sobre los servicios de información de Felipe II, hoy diríamos los servicios secretos, sobre cómo se llevaba a cabo el espionaje del rey Habsburgo hispano sobre su principal enemigo del momento, el Sultán Otomano.

Paolo Preto, un veneciano que trabajó muchos años sobre esto, dice con rotundidad: «La organización de vastos y ramificados servicios secretos es uno de los aspectos y momentos de la construcción del estado moderno en Europa» (p. 14 de *I servizi segreti di Venezia...*, Milano, 1994).

«Los agentes que llevan los negocios secretos de su majestad católica» suele denominarse con frecuencia a los espías en la documentación de la época, desde antes incluso que la expresión «servicio secreto de su majestad en Levante» se llegue a perfilar en una carta de enero de 1583 por Domingo Carrillo de Quesada, encargado de ello por el virrey de Nápoles.

Y fue en esta documentación en donde descubrí que, más allá de su utilidad de época, estos servicios de información, en principio secretos, y los «avisos» que enviaban a Madrid, como a Venecia, Nápoles o Palermo, eran claves para ese esfuerzo por el conocimiento mutuo que es la historia.

Sobre todo cuando salían a la calle y a las plazas –los «avisos de plaza» que llevaban a cabo «los que van y vienen», como se les denominaba, los que iban y venían y atravesaban continuamente la frontera islamo/cristiana, con frecuencia también mercaderes y hombres de negocios financieros, diríamos hoy, que ganaban sumas fabulosas como intermediarios de cambios y contracambios, con frecuencia también «espías dobles», en busca de su propio interés comercial o financiero.

Y más aún, cuando esos avisos comenzaban a estructurarse en «gacetas de avisos», abuelas de los periódicos de hoy en día, de alguna manera, con lo que los portadores de avisos pasaban a convertirse en abuelos de los periodistas.

Era el triunfo de la información, por encima de la utilidad del momento de esa información, y ésta es la base de una parte importantísima de la literatura hispana del momento –del llamado siglo de oro de la cultura hispana– que desde hoy podríamos denominar «literatura de avisos». • •

El virrey de Nápoles, marqués de Mondéjar, lo había dicho con rotundidad: de los que han pasado muchos años en tierras de infieles, por milagro hay alguno que sea buen cristiano, identificando aquí cristiano con súbdito fiel del rey hispano. Todos los que conocían al otro –Cervantes, cinco años cautivo, entre ellos– eran de fidelidad dudosa, eran hombres de frontera, concededores de los dos centros.

Y, sin embargo, para nosotros hoy, eran esos hombres de frontera precisamente los que nos brindan la información más objetiva y relevante del momento para conocer al otro más plenamente, más verosímilmente, sin la veladura del pre-juicio.

II.

Si los moriscos españoles fueron sospechosos en su época de pasar información a sus correligionarios musulmanes del mundo otomano y berberisco o magrebí, la información que recibía Felipe II de los asuntos otomanos se canalizaba sobre todo a través de los mujtadís/renegados, así como de los ex-cautivos a su vuelta del cautiverio.

En la documentación del momento, son típicos los personajes con dos o tres nombres, uno de cristiano, otro de musulmán y, en muchas ocasiones, un tercer nombre como agente secreto.

Es el caso del napolitano José Agostino Gilli, Hurrem Bey como intérprete de Mohamed Sokoly y Viban o Urban de Mengrelia como pensionado o agente hispano en Estambul. O el caso de Aurelio Santa Croce, veneciano y rescatador de cautivos residente en Estambul, que como agente hispano era conocido como Bautista Ferraro o Ferrer de Mengrelia. Y otros muchos, sobre todo italianos, la mayoría mujtadís.

De ahí el nombre que el propio Gilli/Hurrem Bey le dio a la red de información en su momento de mayor actividad, años sesenta y setenta del siglo XVI, «la conjura de los renegados», que llegó a reunir a más de un centenar de pensionados o agentes hispanos y que canalizaba hacia Estambul mucho dinero del rey español, pues que el dinero «tanta virtud tiene», como decía el propio Gilli/Hurrem Bey.

Santa Croce, el veneciano cappo de esta red de sabotaje y avisos, decía también de estos agentes que son «ávidos y rapaces». Año a año miles de ducados —una media de dos mil aproximadamente al año— salían para Estambul como pago a estos pensionados del rey de España, y en ocasiones particulares hasta veinte o treinta mil. Pagos discretos, a través de lo que hoy llamaríamos caja B o fondos reservados, de los que se necesitaba que «pasaran por pocas manos».

Estas operaciones de corrupción, que diríamos hoy, parece que funcionaron bien para los «avisos», pero no muy bien para sabotajes. Tampoco funcionaron bien —aunque se intentó desde la corte hispana— cuando se intentó captar a los principales personajes de la marina otomana, como es el caso de Alí Bajá, el Ochali cervantino, cuando era rey de Argel.

A través de amigos suyos de infancia, como un tal Ganguza, de familiares —tal vez a través de su propia madre, Pippa del Chicco— o de mercaderes como los Gasparo Corso, que tenían un primo mujtadí en Argel, brazo derecho de Alí Bajá.

Felipe II llegó a ofrecer al calabrés un ducado o un marquesado en tierras donde él quisiera de Italia, con vasallos que trabajasen para él por un monto de 10.000 escudos anuales —muchísimo dinero—, si abandonaba el servicio del Gran Turco y volvía al servicio de su señor natural, el rey de España, en cuyas tierras había nacido.

Ofertas similares recibió Hasán Veneciano, entre otros muchos, pero sin mayor éxito. En ambos casos —y Alí Bajá se lo explicó con franqueza a un enviado hispano, Jaime Losada, que había sido cautivo suyo y con el que tenía amistad—, ambos prefirieron el patronazgo del sultán otomano al del rey de España.

La consecuencia de todos aquellos contactos, de interés para nosotros hoy, fue una rica literatura de avisos, como muy bien pudiera denominársela.

III.

«Ojos y orejas del rey» se llamaba en la Antigüedad a los espías, y su trabajo, en algunas ocasiones, las que nos interesan aquí, estaba muy relacionado con el saber, con el conocimiento y, sobre todo, con la información.

Si en un principio tiene importancia esa información reservada —son «ojos y orejas del rey»— para el ejercicio del poder —el gobierno no será eficaz si no hay buena información—, pronto esa misma «información» se convierte en saber. Y el experto en información —en saber del otro—, si tiene interés en plasmar ese conocimiento por escrito para otros —además del rey—, se convierte en escritor.

En ocasiones, como en el caso de Miguel de Cervantes, en gran escritor.

Espías y redactores de avisos y escritores, en la frontera mediterránea, prolongación en el siglo XVI de la antigua frontera andaluza, los hubo muy destacados en la literatura hispana del periodo filipino.

El poeta Aldana, que murió en la batalla de los Tres Reyes en 1578 en Marruecos, había viajado de incógnito por el país disfrazado de mercader con el palentino Diego de Torres, que más tarde escribió una historia del ascenso de los Xarifes en Marruecos, uno de los textos clásicos hispanos sobre el Africa musulmana.

Lo mismo sucedió con Luis del Mármol Carvajal, de origen morisco, que sabía el árabe y el berebere, que viajó mucho por el Magreb, hasta el Sahara, como cautivo durante decenios en la región, y dejó escrita una magnífica «Descripción de Africa» y luego una historia de la guerra de las Alpujarras, de 1568-1569, uno de los mejores relatos de aquella dramática sublevación de los moriscos granadinos.

Pero tal vez la obra maestra de esa que diéramos en llamar literatura de avisos sea la «Topografía e historia general de Argel», publicada por Diego de Haedo, sobrino del arzobispo de Palermo de igual nombre y gobernador de Sicilia, a la vez que el coordinador de los avisos del mundo musulmán que llegaban a Sicilia y a Italia.

El verdadero autor de ese texto fundamental y muy bien escrito, verdadera joya de la literatura hispana del Siglo de Oro, se llamaba Antonio de Sosa y había estado prisionero en Argel con Cervantes, del que era buen amigo y con el que charlaba mucho. Algunos cervantistas creen ver también la mano de Cervantes en la redacción de ese texto, que se convertiría en fundamental para la información que en Europa se tuvo sobre el mundo magrebí-musulmán.

Diego de Haedo también está en la base de otro texto clave del momento, más importante para Oriente que los anteriores, el de Diego Galán, ex-cautivo en Estambul y que viajó y narró sus viajes por el Mediterráneo oriental, texto de gran belleza y verismo.

Podría citar otros muchos ejemplos, de esos hombres de acción conocedores de los dos mundos enfrentados del momento, el de los imperios Habsburgo y Otomano, pero quiero centrarme para terminar en Cervantes mismo y su versión particular y genial de esta «literatura de avisos».

IV.

Cervantes estuvo cautivo en Argel entre 1575 y 1580 y conoció personalmente el mundo del enemigo y de la frontera. Participó incluso en una operación de los servicios de información como correo de avisos –portador de avisos– desde Argelia hasta España, en un momento de peligro en que Alí Bajá venía sobre Argel con sesenta naves y acababan de firmarse treguas entre Felipe II y el sultán Murat.

Pero fue algo casi anecdótico, pues pronto se centró sólo en la creación literaria y a través de ella –del teatro y de la novela– informó a todos de lo que él conocía del otro, del mundo musulmán, y perfiló personajes de un verismo emocionante que pasaban por encima de la operación de propaganda cristiana que demonizaba al enemigo infiel en todos los discursos retóricos del momento, como una legitimación más del enfrentamiento bélico.

En el Quijote, en las novelas ejemplares como «El amante liberal» o «La española inglesa», pero sobre todo en el teatro, en «Los baños de Argel», «Los tratos de Argel», «El gallardo español» y, sobre todo, en «La Gran Sultana».

Hoy sabemos los historiadores que la creación literaria cervantina es fidelísima a la realidad en estas obras. «La Gran Sultana» lleva al teatro la historia de una cautiva cristiana que da al sultán otomano un heredero. Cervantes la llama Catalina de Oviedo para resaltar su perfil de cristiana vieja –para un público hispano implícito en el nombre mismo–, pero el personaje existía en realidad y su nombre era Cali Cuartana, una muchacha cautiva de Corfú que se convierte en esposa del hijo de Solimán, Selim, y es la madre del sultán Murat.

Su historia la he encontrado narrada por el baylo de Venecia en Estambul y es de gran belleza. Cervantes la escucharía en los medios fronterizos en los que vivió y la convirtió en un mito literario, de alguna manera pacificador.

Cali o Catalina, a pesar de «que no junta bien amor dos que las leyes dividen», vive una historia plena de amor con el sultán su marido y le da un heredero.

V.

Las biografías de estos hombres de frontera, conocedores del otro y por ello «expertos» en información, cuando esa información la utilizan para contar a todos lo que saben del otro, se convierten en espías múltiples o espías para todos, de alguna manera, son la clave del conocimiento mutuo que permite la comprensión de ese otro y la posibilidad de intercambio o mestizaje.

De alguna manera, de esa frontera y de esas gentes de frontera –prolongación en el XVI de la Andalucía fronteriza del final de la Edad Media– surgen los mayores logros de ese conocimiento mutuo, en la base de una posible pacificación.

De alguna manera, también, una gran lección de esa literatura clásica hispana del Siglo de Oro, sobre todo cuando el escritor es de la categoría artística y moral de este Cervantes que nunca deja de sorprendernos.

FINAL

He realizado una apretada síntesis de un amplio trabajo que tengo publicado, en colaboración con José F. de la Peña, bajo el título de *Cervantes y la Berbería. Cervantes, mundo turco-berberisco y servicios secretos en la época de Felipe II* (Madrid, 1995). Muchas gracias.